

mero llevaba en hombros una tabla en la que yacía tendido un anciano de barba blanca, rígido, con la boca abierta, con los ojos fijos y que tenía una herida en la frente. La oscilación de la marcha hacia mover al cadáver, y la cabeza muerta subía y bajaba de un modo imponente y patético. Uno de los hombres que le llevaban, pálido, herido en el pecho, apoyaba la mano en la herida y parecía que iba á caer en tierra de un momento á otro. El otro grupo llevaba otra parihuela, en la que iba echado un joven de rostro lívido, que tenía los ojos cerrados y cuya camisa, manchada y abierta por el pecho, dejaba ver sus heridas. Los grupos que conducían las parihuelas cantaban la Marsellesa, y al final de cada estrofa se paraban y gritaban, agitando las antorchas:—“¡A las armas!” Algunos jóvenes esgrimían sables. Las antorchas lanzaban siniestro resplandor sobre las pálidas frentes de los cadáveres y sobre los lívidos semblantes de la muchedumbre. El pueblo entero se estremeció; les pareció que volvía á aparecerse la visión formidable de Febrero.

El cortejo siniestro venía de la calle Aumaire. Unos treinta obreros que se habían reunido en las inmediaciones de los mercados llegaron á la calle Aumaire con la idea de batirse, pero la batalla había terminado ya en aquel punto. La infantería se había retirado después de destruir las barricadas. Los cadáveres de un viejo de setenta años y de un joven de veinticinco yacían en el suelo en la esquina de la calle y á su alrededor había un charco de sangre. Los dos llevaban paletó y parecían pertenecer á la clase media; el viejo era venerable, de barba y de cabellos blancos y de aspecto tranquilo. Una bala le había atravesado el cráneo. Al joven le habían atravesado el pecho muchas postas. Eran hijo y padre y estaban tendidos en tierra, muy cerca el uno del otro.

Había junto á la verja del Conservatorio de Artes y Oficios una casa en construcción, donde algunos obreros fueron á buscar dos tablas; tendieron los cadáveres sobre ellas; la muchedumbre los levantó sobre sus hombros, trajeron antorchas y pusieron en marcha.

El cortejo iba aumentando durante su tránsito; la muchedumbre se apartaba para dejarle pasar y repetía á coro la Marsellesa. Al llegar al boulevard la emoción fué más profunda. Las mujeres juntaban las manos en ademán com-

pasivo. Los obreros exclamaban:—“¡Y encontrarnos sin armas!”

El cortejo, después de pasar los boulevares, penetró en las calles seguido por una multitud enterneada é indignada. Así llegó á la calle de Gravillier, donde una sección de veinte agentes de policía, saliendo á su encuentro bruscamente, se precipitó espada en mano sobre los hombres que llevaban las parihuelas y arrojó los cadáveres en el barro. Apareció un batallón de cazadores que venía á paso de carga y que terminó la lucha á bayonetazos. Condujeron á la Prefectura ciento dos ciudadanos prisioneros. Los dos cadáveres recibieron muchos sablazos en la refriega y los mataron por segunda vez. El brigadier Revial, que mandaba la sección de agentes de policía, obtuvo luego una cruz por este hecho de armas.

En casa de Marie supimos que iban á cercarnos y salimos de allí.

En el Elíseo comenzaba la agitación. El ex-comandante Fleury, que era uno de los ayudantes de la Presidencia, fué llamado al despacho de Bonaparte, donde permaneció todo el día; habló algunos instantes con él, y poco después dicho ayudante salió del despacho, montó á caballo y á galope se dirigió á Mazas.

Inmediatamente después, los hombres del golpe de Estado se reunieron en el despacho de Bonaparte y celebraron consejo. Sus asuntos iban visiblemente mal; era probable que la batalla concluyera por adquirir temibles proporciones: hasta entonces la deseaban; desde este instante la tenían miedo. Estaban disgustados y desconfiaban. Empezaban á notar síntomas alarmantes en la firmeza de la resistencia y síntomas no menos graves en la cobardía de los partidarios. Ni uno solo de los ministros nombrados aquella mañana había tomado posesión de su ministerio; timidez significativa en personas tan ambiciosas. M. Rouher se había escabullido y no sabían dónde estaba. Signo de tormenta. No contando á Luis Bonaparte, el golpe de Estado seguía pesando sobre tres hombres, sobre Morny, Saint-Arnaud y Maupas. Estos tres hombres fueron los que adoptaron todas las medidas; mandaron venir nuevos regimientos, enviando esta orden á todas las guarniciones de las cercanías para que se presentaran en París. Estos criminales, profundamente intranquilos en el fondo, trataban de engañarse mutuamente aparentando gran firmeza de ánimo: contaban con la victoria segura,

pero cada cual por su parte se preparaba á huir, en secreto, sin decir nada, para no asustar á los comprometidos y para dejar al pueblo algunos hombres que devorar, en el caso posible de una catástrofe. Para esta escuela de monos imitadores de Maquiavelo, es condición precisa para conseguir una buena evasión abandonar á sus amigos, y al huir dejar en peligro á sus cómplices.

X.

Lo que Fleury iba á hacer en Mazas.

Aquella misma noche, hacia las cuatro de la madrugada, cercaron silenciosamente las dependencias del ferrocarril del Norte dos batallones, uno de cazadores de Vincennes y otro de gendarmería móvil. Varias secciones de agentes de policía se instalaron en los andenes. Ordenaron al jefe de estación que preparara un tren especial y que calentara una locomotora y retuvieron cierto número de fogoneros y de trabajadores para que prestaran el servicio. Pero no dieron ninguna explicación. A las seis se operó un movimiento en la tropa: llegaron corriendo algunos agentes de policía, y poco después desembocó al trote largo, por la calle del Norte, un escuadrón de lanceros. En el medio del escuadrón y entre las dos filas de ginetes se veían dos coches celulares, tirados por caballos de posta; detrás de cada coche iba una carretela, que ocupaba un hombre solo. A la cabeza de los lanceros galopaba el ayudante de campo Fleury.

El convoy entró en el patio, después en la estación, y las verjas y las puertas volvieron á cerrarse.

Los dos hombres que iban en las carretelas se dieron á conocer al comisario especial de la estación, al que habló aparte el ayudante de campo Fleury. El convoy misterioso excitó la curiosidad de los empleados del ferrocarril, que preguntaban á los agentes de policía qué significaba aquello: éstos solo pudieron decir que los carruajes celulares eran de ocho asientos, que había cuatro prisioneros en cada uno, que ocupaban celdas separadas, y que en las otras cuatro celdas iban otros tantos agentes de policía.

Después de mediar algunas palabras entre el ayudante de campo del Elíseo y los agentes del prefecto Maupas, pusieron en dos furgones los carruajes

celulares. La locomotora estaba preparada, engancharon los furgones al tender y el tren partió. Era de noche aun.

El tren caminó largo tiempo en el silencio más profundo. Estaba helando, y los agentes de policía, ateridos de frío, abrieron en el segundo coche celular las celdas para calentarse y desentumecerse y se pusieron á pasear por el estrecho pasadizo que atraviesa de parte á parte los indicados coches. Empezaba á amanecer y los cuatro agentes de policía contemplaban la campiña por la especie de tragaluz que por ambos lados guarnece el techo del pasadizo de los coches celulares. De pronto una voz robusta, desde una de las celdas que estaban cerradas, exclamó:—“¿Haciendo tanto frío no podrá uno encender aquí el cigarro?”

Inmediatamente otra voz, que salía de otra celda, dijo:—“¡Calla! Sois vos? ¡Buenos días, Lamoriciere!”

—“Buenos días, Cavaignac!” repitió la primera voz.

Acababan de reconocerse ambos generales.

Una tercera voz salió de otra celda.

—“Buenos días y buen viaje.”

El que así hablaba era el general Changarnier.

—“Señores generales, gritó una cuarta voz, también soy de los vuestros.”

Los tres generales reconocieron á M. de Baze. Una carcajada salió de las cuatro celdas á la vez.

Aquel coche celular encerraba y conducía fuera de París al cuestor Baze y á los generales Lamoriciere, Cavaignac y Changarnier. En el otro iban el coronel Charras, los generales Bedeau y Lefló y el conde Roger.

A media noche estos ocho representantes dormían cada uno en su calabozo en Mazas, cuando llamaron bruscamente á sus puertas y una voz les dijo:—“¡Vestíos, que vienen á buscaros.—¿Es para fusilarnos? preguntó Charras. Nadie le contestó.”

La misma idea les ocurrió á todos en aquel instante, y si se ha de dar crédito á lo que transpiran las querellas actuales entre los cómplices, parece que para el caso que nosotros hubiéramos intentado dar un golpe de mano sobre Mazas para libertarlos, se hubiera hecho un fusilamiento general, porque Saint-Arnaud tenía en el bolsillo la orden escrita y firmada por Luis Bonaparte.

Los prisioneros se levantaron. La nc-

che anterior ya habían recibido un aviso semejante; les hicieron pasar la noche esperando, y á las seis de la mañana los carceleros entraron á decirles que se podían acostar. Como pasaba el tiempo, acabaron por creer que les sucedería lo mismo que la noche anterior, y algunos, al oír dar las cinco en el reloj interior de la cárcel, iban á meterse en la cama, cuando se abrieron las puertas de los calabozos. Se les mandó que bajaran los ocho uno tras otro á la rotonda del archivo y despues subir en un coche celular, sin que en el trayecto pudieran encontrarse ni verse. Un hombre vestido de negro, de aspecto impertinente, sentado junto á una mesa y con la pluma en la mano, los detenía al pasar y les preguntaba sus nombres.—Ni estoy dispuesto á decir mi nombre ni tengo curiosidad de saber el vuestro, respondió el general Lamoriciere, y pasó adelante.

El ayudante de campo Fleury estaba presente en el archivo, ocultando el uniforme debajo del gaban.

Tenia el encargo de "embarcarlos," y de ir á dar cuenta del "embarque," al Eliseo. Fleury hizo casi toda su carrera en Africa, en la division que mandaba el general Lamoriciere, y éste, siendo ministro de la Guerra en 1848, le ascendió á jefe de escuadron. Cuando atravesó el archivo, el general Lamoriciere le miró fijamente.

Cuando subieron á los coches celulares estaban fumando y les hicieron tirar los cigarros, pero el general Lamoriciere había conservado el suyo. Le mandaron á un agente de policía que no le permitiese fumar; éste vaciló algun tiempo en cumplir la órden, pero acabó por decir al general:—Tirad el cigarro.

De aquí provino la exclamacion que hizo que el general Cavaignac reconociera al general Lamoriciere. Los coches iban ocupados, como dijimos, y partieron. No sabían dónde ni con quién iban. Metido cada cual en su jaula, miraban á la calle, tratando de adivinar á dónde les conducían, hasta que llegaron al ferro-carril, que su malestar fué creciendo dentro de las celdas. El general Lamoriciere, que iba embarazado con un lio y con una manta, estaba más estrecho que los demás; no podía moverse, tuvo frio, y acabó por decir una palabra que puso en comunicacion á los cuatro.

Al oír los nombres de los prisioneros, los guardianes brutales fueron desde entonces respetuosos.—Ea! dijo el general Changarnier, abridnos y dejadnos pa-

sear como vosotros por el pasadizo.—"Mi general, dijo un agente de policía, lo tenemos prohibido. El comisario de policía está detrás del coche, desde donde vé lo que pasa aquí."—Sin embargo, poco despues los vigilantes, so pretexto de frio, bajaron el cristal que cerraba el pasadizo por la parte que podia ver el comisario, é incomunicando la policía, como decia uno de ellos, abrieron las celdas de los prisioneros.

Tuvieron gran alegría los cuatro representantes al verse y estrecharse las manos.

Llegaron á Creil y despues á Noyon. En Noyon les dieron para almorzar un pedazo de pan y un vaso de vino, pero sin permitirles bajar. Los comisarios de policía no les dirigieron la palabra. Cerraron los coches, conocieron que los sacaban de los furgones y que á éstos los reemplazaron por ruedas. Llegaron caballos de posta, que pusieron á los carruajes celulares, y partieron al paso. Desde entonces llevaban por escolta una compañía de gendarmes móviles de á pié. Hacia ya diez horas que iban en coche celular desde que salieron de Noyon. Entonces la infantería hizo alto y los prisioneros pidieron permiso para bajar un instante.—Consentimos, dijo un comisario de policía, pero por un solo instante y con la condicion de darnos palabra de honor de no escaparos.—No queremos daros palabra de honor, replicaron los prisioneros.—Dádmela por un instante con el tiempo necesario para beber un vaso de agua.—No, contestó el general Lamoriciere; por el tiempo necesario para hacer lo contrario y á la salud de Luis Bonaparte.

Permitióseles bajar á uno despues de otro, y respiraron unos momentos el aire libre del campo á la orilla del camino. Despues volvió á marchar el convoy.

Cuando el día terminaba, divisaban al través del tragaluz un conjunto de murallas altas, sobre las que se elevaba un torreón cilíndrico. Poco despues los coches penetraron por debajo de una bóveda, se detuvieron en el centro de un patio largo y encajonado y circuido de altos muros, que dominaban dos edificios; uno tenia la apariencia de cuartel y el otro parecia una prision. Las portezuelas de los coches se abrieron. Un oficial con charreteras de capitan permanecía en pié cerca de la escalera. El general Changarnier bajó el primero.—¿En dónde estamos? interrogó.

—Estais en Ham, le respondió el ofi-

cial, que era el comandante del fuerte.

Condújose á cada uno al aposento separado que tenían destinado como prision. En cuanto los ocho prisioneros entraron en su respectivo encierro, oyeron cerrar las puertas, pasar los cerrojos exteriores y que les decían:—"Estais incomunicados." El general Cavaignac fué destinado en el primer piso al aposento que ocupó Luis Bonaparte, que es el mejor de la prision. Lo primero que vió allí fué una inscripcion trazada en la pared, que indicaba el día en que Luis Bonaparte entró en aquella fortaleza y el día en que salió, como es sabido, disfrazado de albañil y con un madero al hombro. La eleccion de este aposento se debia á una atencion de Luis Bonaparte, que habiéndose apoderado en 1848 del sitio que ocupaba en el poder el general Cavaignac, quiso que en 1851 el general ocupara también su puesto en la cárcel. Custodiaba á los prisioneros el 48.º de línea, que estaba de guarnicion en Ham.

XI.

Fin de la segunda jornada.

Salimos de casa de Marie oportunamente, porque ya estaba muy cerca de allí el batallon que iba á batirnos y á prendernos. Llegaban ya á nuestros oídos los pasos acompasados de la tropa. Las calles estaban oscuras y nos dispersamos fácilmente.

No habían transcurrido aun diez minutos cuando cercaron la casa de M. Marie. Un tropel de fusiles y de sables se precipitó, invadiéndola desde la cueva hasta el desvan. Los soldados nos buscaban precipitadamente, y sin tomarse el trabajo de mirar bajo las camas las registraron á bayonetazos. Hasta arrancaban la bayeta clavada en la pared. Afortunadamente nosotros ya no estábamos allí.

Ese exceso de celo venia de arriba; los pobres soldados eran máquinas que obedecían y que llevaban por consigna matar á los representantes. Poco antes Morny envió á Maupas el siguiente despacho:

—Si prendéis á Victor Hugo, haced de él lo que queráis.

Tales eran los medios que aquella gente empleaba. Despues del golpe de Estado, Morny, en su decreto de destierro, nos llamó *esos individuos*, lo que inspiró á Schœlcher esta frase arrogan-

te: *Esas gentes ni siquiera saben desterrar cortésmente.*

El doctor Veron, que publica en sus *Memorias* el anterior despacho, añade: "Maupas mandó que buscaran á Victor Hugo en casa de su cuñado Victor Foucher, consejero del Tribunal de Casacion, pero no se le encontró."

Un antiguo amigo mio, hombre de corazon y de talento, me ofreció asilo en su domicilio de la calle de Richelieu, cerca del teatro Francés. Fuí allí; mi amigo no estaba en casa, pero su portero, que me esperaba, me entregó la llave. Subí, y en la habitacion que entré había una vela encendida encima de la chimenea y cerca de la lumbre una mesa con papel, tintero y pluma.

Era más de media noche, y aunque estaba fatigado, deseando escribir la historia de esta aventura si sobrevivía, quise fijar en seguida algunos detalles de la situacion de Paris al final de la segunda jornada del golpe de Estado, y escribí la página que reproduzco aquí:

"Luis Bonaparte ha inventado una cosa que llama comision consultiva, á la que encarga de redactar la postdata del crimen. Leon Faucher se niega á pertenecer á ella, Montalembert duda, Baroche acepta, Falloux desprecia á Dupin.

"Los primeros tiros se han disparado contra los Archivos. En los mercados, en la calle de Rambuteau y en la de Beaubourg he oído detonaciones.

"El ayudante de campo Fleury se ha atrevido á pasar por la calle de Montmartre y una bala le ha atravesado el kepis. Ha escapado á galope. A la una se ha mandado que los regimientos voten el golpe de Estado. Los estudiantes de derecho y medicina se han reunido en la escuela de Derecho para protestar. Los guardias municipales les han dispersado, haciendo muchas prisiones. Esta tarde van patrullas por todas partes.

"El representante Flespel, que tiene seis piés de estatura, no ha podido encontrar en Mazas una celda bastante capaz, y ha tenido que quedarse en la habitacion del conserje con centinelas de vista.

"Las señoras de Odilon Barrot y de Tocqueville no saben dónde están sus maridos, y corren desde Mazas al Monte Valerien, preguntan á los carceleros y éstos no se lo quieren decir. El 19.º ligero atacó la barricada en la que murió Baudin. Cincuenta hombres de gendarmería móvil han tomado á paso de carga la barricada del Oratorio en la calle de San

Honorato. En la capilla Brea tocan á rebato. Cada barricada que derriban hace levantar veinte en diferentes calles de París. Los Consejos de guerra están en sesion permanente y mandan fusilar á todos los prisioneros. El 30.º de línea ha fusilado á una mujer. Eso ha sido arrojar aceite al fuego.

„El coronel del 49.º de línea ha presentado su dimision; Luis Bonaparte ha nombrado para que le reemplace al teniente coronel Negrier.

„Se dice que cincuenta miembros de la mayoría han firmado una protesta en casa de Odilon Barrot.

„Esta noche hay ansiedad creciente en el Elíseo y se teme que se intenten algunos incendios: á los zapadores bomberos han unido dos batallones de zapadores ingenieros. Maupas manda vigilar los gasómetros.

„Hé aquí ahora cómo el ejército se ha apoderado de París, estableciendo rehenes en los siguientes puntos estratégicos: en el puente Nuevo y en el muelle de las Flores han colocado la Guardia municipal; en la plaza de la Bastilla doce piezas de artillería y tres obuses; en el extremo del arrabal, las casas de seis pisos las ocupa la tropa de alto á bajo; la brigada Marulaz está en el Ayuntamiento; la brigada Lauboul en el Panteon; la brigada Courtigis en el arrabal de San Antonio; la division Renaud en el arrabal de San Marcelo; en el Palacio Legislativo los cazadores de Vincennes y un batallon del 15.º ligero; en los Campos Elíseos infantería y caballería; en la Avenida Merigny artillería; en el interior del Circo un regimiento entero. Un escuadron de Guardia municipal vivaquea en la plaza de la Delfina. Hay vivac en el Consejo de Estado y vivac en las Tullerías. Han entrado además las guarniciones de San German y de Courbevoie. Ha habido dos coroneles muertos: Loubeau y Quilio. Por todas partes pasan enfermeros y camillas; en muchos puntos hay hospitales de sangre. En la sombría batalla que libra el golpe de Estado hay empeñadas nueve brigadas, cada una con su batería; un escuadron de caballería mantiene las comunicaciones entre las brigadas: hay cuarenta mil hombres, con una reserva de sesenta mil; esto es, cien mil soldados en pié de batalla puestos sobre París. A eso asciende el ejército del crimen. La brigada Rubell, compuesta del 1.º y 2.º de lanceros, protege el Elíseo. Los ministros pasan la noche con Morny, en el ministerio del Interior.

Morny vigila y Magnan duerme. Mañana será un día terrible.”

Escrita esta página, me acosté y me dormí.

TERCERA JORNADA.

La matanza.

I.

Los que duermen y el que está despierto.

La noche del 3 al 4, mientras nosotros, abrumados de fatiga y dispuestos á arrostrar las catástrofes, dormiamos con el sueño apacible del que cumple con su deber, estaban despiertos é insomnes en el Elíseo. Hacia las dos de la mañana, el más infimo de los confidentes del autor del golpe de Estado despues de Morny, el conde Bonet, antiguo par de Francia y teniente general, salia del gabinete de Luis Bonaparte, acompañado de Saint-Arnaud, que era entonces el ministro de la Guerra, como ya sabemos.

Dos coroneles esperaban órdenes en la antesala.

Saint-Arnaud era un general que habia sido figurante en el Ambigú. Empezó su carrera de cómico en un teatro de las afueras y más tarde fué trágico. Señal: estatura alta, seco, delgado, anguloso, bigotes grises, cabellos lisos y cara baja. Era un maton mal educado. Pronunciaba mal esta frase: *Pueblo soberano*. Morny decia riendo:—*Tan mal pronuncia esas palabras, como entiende lo que significan*. El Elíseo, que presumia de elegante, repugnaba aceptar á Saint-Arnaud; pero por lo que tenia de sangriento le perdonaba lo que tenia de vulgar. Era bravo, violento y tímido; poseia la audacia del soldado galoneado y la torpeza de un pobre diablo. Le vimos un día en la tribuna, pálido y balbuceante, pero atrevido. Su rostro era largo, huesoso, y sus mandíbulas inquietantes. En el teatro era conocido por Florival. Era una especie de bravo convertido en *reitre* (1). Sin embargo, murió siendo mariscal de Francia.

Los dos coroneles que esperaban á Saint-Arnaud eran dos hombres á propósito para todo, jefes de dos de esos ejércitos decisivos, que en ocasiones su-

(1) Antiguo soldado alemán.

premas arrastran á los demás regimientos, ó á la gloria, como en Austerlitz, ó al crimen, como el 18 Brumario. Estos dos oficiales formaban parte de lo que Morny llamaba “la crema de los coroneles entrampados y vividores.”

Uno de ellos habia cumplido treinta y ocho años, era redomado, intrépido, ingrato; tres buenas cualidades para hacer fortuna. Años atrás, cuando era capitán, el duque de Aumale, en el Aurés, le habia salvado la vida. Una bala le atravesó el cuerpo y cayó entre los matorrales; las kábilas se arrojaron sobre él para cortarle la cabeza, pero el duque de Aumale llegó con dos oficiales, un soldado y un corneta, dispersó las kábilas y salvó al capitán. Le salvó y le curó. De los dos, el único agradecido fué el salvador. El duque de Aumale le agradeció al jóven capitán que le proporcionase la ocasion de un hecho de armas, y le ascendió á comandante: en 1849 ascendió á coronel y mandó una columna de asalto en el sitio de Roma; despues volvió á Africa, en donde Fleury le sobornó al mismo tiempo que sobornaba á Saint-Arnaud. Luis Bonaparte le hizo coronel en 1851 y contó con él para todo. En Noviembre, dicho coronel le escribia al duque de Aumale: “No se debe esperar nada de semejante aventurero,” y en Diciembre mandó un regimiento de asesinos. Más tarde, en la Dobrudcha, un caballo maltratado se irritó, y dándole un mordisco le arrancó una mejilla.

El otro coronel tenia cuarenta y ocho años y los cabellos grises. Era tambien hombre de placer y de matanza. Como ciudadano, muy abyecto; como soldado, muy valiente. Fué uno de los primeros que saltaron la brecha de Constantina. Era caballero, pero de industria. Luis Bonaparte le ascendió á coronel en 1851. Dos príncipes pagaron sus deudas dos veces; la primera el duque de Orleans y la segunda el duque de Nemours.

Así eran esos coroneles.

Saint-Arnaud les habló durante un rato en voz baja.

II.

El interior del comité.

Desde el amanecer estábamos reunidos en casa de nuestro colega monsieur Grevy é instalados en su gabinete. Michel de Bourges y yo sentados junto á la chimenea; Julio Favre y Car-

not escribian, el primero sobre una mesa cerca de la ventana y el segundo en un pupitre y de pié. Cada momento era menos posible reunirse en sesion. En nombre de la izquierda expedimos y remitimos á Hingray el decreto siguiente para que éste lo imprimiese en seguida, decreto que redactó á vuela pluma Julio Favre:

“REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los representantes del pueblo abajo firmados, que han quedado libres, reunidos en sesion permanente y extraordinaria, vista la prision de la mayor parte de sus colegas, vista la urgencia;

Considerando que el crimen de Luis Bonaparte, al abolir por medio de la violencia la accion de los poderes públicos, restablece á la nacion en el ejercicio directo de su soberanía, y que todo lo que entorpece actualmente esta soberanía debe ser anulado;

Considerando que todos los procesos incoados y todas las condenas pronunciadas referentes á crímenes ó delitos políticos, quedan anulados por el derecho imprescriptible del pueblo,

DECRETAN:

Artículo 1.º Quedan abolidos en todos sus efectos criminales ó civiles todos los procesos incoados y todas las condenas expedidas por crímenes y delitos políticos.

Art. 2.º En su consecuencia, se ordena á todos los directores de prisiones ó de casas de detencion, que pongan inmediatamente en libertad á todas las personas que estén presas ó detenidas por las causas arriba indicadas.

Art. 3.º Se ordena asimismo á todos los empleados de los tribunales y de la policia judicial, bajo pena de prevaricacion, que anulen todos los procesos incoados por las mismas causas.

Art. 4.º Los funcionarios y agentes de la fuerza pública quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Dado en París, en sesion permanente, el 4 de Diciembre de 1851.”

Julio Favre, al pasarme el decreto para que lo firmase, me dijo sonriendo:—Pongamos en libertad á vuestros hijos y á nuestros amigos.—Si, le contesté yo; de ese modo tendremos cuatro combatientes más en las barricadas.

El representante Duputz recibió poco despues la ampliacion de este decreto y